

de la Biblia no mera tarea de estudio y erudición, sino lectura *sagrada*, fundada sobre un estudio correcto, sin el que la lectura *espiritual* tendría escasa consistencia» (p. 11). Por otra parte, el autor establece dos principios importantes a la hora de trabajar en los libros sagrados: en primer lugar, que la exégesis es teológica, y su método por tanto debe ser teológico; en segundo lugar que la fe es condición imprescindible para poder desarrollar con corrección ese trabajo. Se trata, sin duda, de cosas conocidas, aunque, desgraciadamente, a la hora de la exégesis *in actu* no son siempre aplicadas. El Prof. Tábet tiene el mérito de haber recordado su importancia y su fecundidad.

GONZALO LANDÁBURU

Pierre-Marie BEAUDE, *L'Accomplissement des Écritures*, Paris, Ed. du Cerf (Col. «Cogitatio Fidei» n. 104), 1980, 343 pp., 13,5 × 21,5.

El libro lleva por subtítulo *Pour une histoire critique des systèmes de représentation du sens chrétien*: es ya una aproximación al contenido, que consiste, sustancialmente, en una exposición, más o menos crítica según los casos, de los modos de entender las profecías del Antiguo Testamento y sus correlativas maneras de concebir su cumplimiento en Cristo y en el Nuevo Testamento. Se trata, pues, de un ensayo de historiar un buen número de actitudes hermenéuticas en relación con el tema. El campo de observación se extiende desde los escritos de los apologistas católicos de la segunda mitad del siglo XIX hasta los sistemas hermenéuticos de nuestros días. A la historia de ese período preceden unas consideraciones sobre las figuras anteriores de Blaise Pascal y de Richard Simon, a los que, según el A., los exégetas de un siglo acá recurren, más o menos explícitamente, como a los «antepasados» en los que pretenden encontrar sus respectivas raíces ideológicas y culturales.

Según ese plan, el A. dedica un primer capítulo (pp. 15-37) a la búsqueda en Pascal del «antepasado» por parte de exégetas como M.-J. Lagrange, R. Jolivet, A.-M. Dubarle y J. Coppens, investigadores de las profecías en general y de los textos mesiánicos en particular. Un segundo capítulo (pp. 39-77) intenta mostrar cuánto mejor hubiera sido si todos ellos hubieran seguido más decididamente los horizontes y caminos abiertos por Richard Simon.

Una segunda parte comprende otros dos capítulos. El primero (pp. 83-137) recensiona las posturas exegéticas acerca de las profecías veterotestamentarias sostenidas por los apologistas católicos, sobre todo por los redactores del *Dictionnaire Apologétique de la Foi Catholique*, dirigido por J.-B. Jaugey y comenzado a editar en 1889, habiendo sido los colaboradores más representativos, en relación con nuestro tema, T. Lamy, J. Corluy y J. Knabenbauer. En el mismo capítulo se trata también del surgimiento de la «exégesis dogmática» o «teológica», de la que recensiona, como figuras más sobresalientes, a P. de Broglie y J. Touzard. Un segundo capítulo de esta parte comienza por presentar el «espacio» que se ha de

crear la nueva exégesis histórico-crítica, en situación de defensa y justificación frente a los recelos de los teólogos dogmáticos, siempre según el A., situación agravada por la crisis modernista (pp. 139-144); la figura prócer de esta nueva exégesis es M.-J. Lagrange. Sigue el capítulo con unas consideraciones acerca de las síntesis de R. Garrigou-Lagrange, A. Tanqueray y L. de Grandmaison (pp. 145-151), las tres de carácter dogmático; se detiene sobre las exhaustivas investigaciones exegeticas, histórico-críticas, de J. Coppens (pp. 153-167), para terminar con una recapitulación, unas consideraciones sobre el *sensus plenior* y un esbozo de evaluación de las posiciones y de las posibles perspectivas que se abren desde los intereses hermenéuticos (pp. 168-194).

Llegamos a la tercera y última parte, que intitula «Kérigma, Historia y Escritura»: se trata de cuestiones hermenéuticas. Hay una rápida revista a las posiciones católicas y protestantes más conocidas en los últimos decenios: R. Bultmann y la interpretación existencial de la Escritura (pp. 199-221); O. Cullmann y su exégesis basada en la valoración objetiva de los acotamientos de la Historia de la Salvación (pp. 223-231); E. Käsemann y sus correcciones del antihistoricismo bultmanniano (pp. 231-248). El problema del cumplimiento de las profecías es presentado desde perspectivas más bien intraveterotestamentarias siguiendo las investigaciones de G. von Rad y los adelantamientos teóricos que le hacen J. Moltmann, H. Urs von Balthasar, etc., desde diversos puntos de observación (pp. 249-281).

Finalmente, en los capítulos III y IV de esta tercera parte, se hace una extensa recapitulación de las diversas posiciones y un esbozo de posibles perspectivas de una «teoría del cumplimiento de las profecías», que tenga en cuenta debidamente los estudios del último siglo.

Resultaría excesivamente prolijo hacer una valoración pormenorizada del presente ensayo. Sólo apuntaré algunas observaciones generales.

Debe reconocerse en el A. una notable facilidad de escribir, gran fecundia y habilidad para sacar fruto de las lecturas. Me parece del todo excusable un evidente chauvinismo: comprendo el anclaje de nuestro A. en la prócer cultura francesa de los últimos siglos, con grandiosa proyección universal.

Observo a lo largo del libro algunos juicios muy severos —algunas veces injustos— hacia autores de la época precrítica de la exégesis bíblica, o bien, tras la aparición de ésta en el horizonte de la cultura, de algunos estudios y estudiosos dentro de las corrientes que el A. llama «dogmática» (aquí nuestro A. juzga acremente a J. B. Bossuet en su polémica con Richard Simon), o «apologista» (muy poco comprensivo es el A. con la tarea que se impusieron los redactores del mencionado *Dictionnaire Apologétique de la F.C.*), o bien «de la teología de escuela» (aquí parece excesiva la displicencia de las síntesis valiosas realizadas por R. Garrigou-Lagrange, A. Tanqueray, L. de Grandmaison, etc.). En contraste, hay una exaltación de los valores y de las figuras encuadradas dentro de la «exégesis crítica». Por concretar un poco estas observaciones yo diría que ningún exégeta de la actualidad deja de apreciar los valores de la exégesis crítica de Richard Simon, pero no es necesario en nuestro tiempo revivir la polémica de hace siglos, reiterando que todo lo bueno estuvo de parte de Simon, y todo lo malo de parte de Bossuet.

Las observaciones precelentes se refieren sobre todo a las los primeras partes del libro. En cuanto a la tercera, hay exposiciones y valoraciones que me parecen acertadas y claras, como las dedicadas a la hermenéutica bultmanniana, o a la de O. Cullmann. Otras, en cambio, las encuentro imprecisas, de modo que dudo de que el lector, que no sepa de antemano el estado de las cuestiones, pueda enterarse con claridad de cuáles son, en efecto, las posiciones de Käsemann, Moltmann, von Balthasar, etc., acerca de la concepción de las profecías del AT y su cumplimiento en Jesús y en el NT.

Aunque el A. no trata expresamente de Cristología en ningún sitio, por la misma índole del tema es forzoso que, de alguna manera, tenga que haber alguna cristología subyacente en el modo de enfocar las cuestiones y desarrollarlas. A este respecto, acá o allá aparecen frases o párrafos, dichos como de pasada, cuyo sentido queda muy ambiguo —difícilmente podrían ser correctos en Teología católica—, o no encuentro que tengan apoyatura histórica alguna. Véase, por ejemplo, el siguiente párrafo de la pág. 308, imposible de aceptar: «Le mouvement baptiste (...) Il faut plutôt le voir comme un courant suscitant des pratiques baptistes qui n'aboutissaient pas obligatoirement à la constitution de groupes structurés. De ce courant émergeaient sans doute des groupes plus soudés: celui de Jean, assez important pour susciter de l'inquiétude chez Hérode Antipas, celui de Jésus qui fut sans doute un temps disciple du Baptiste, mais amena la constitution d'un groupe suffisamment démarqué de celui du Baptiste pour que des problèmes de relations se posent entre les deux groupes, problèmes dont on relève la trace dans les évangiles».

En cuanto a los dos últimos capítulos, hay algunas ideas interesantes, que pueden ofrecer horizontes para su profundización, como es la larga consideración de los términos *a quo* y *ad quem* del cumplimiento de las Escrituras (cfr pp. 303-317). Pero, en mi opinión, el ensayo del Prof. Beaudé, encaminado a formular una «teoría» sobre el cumplimiento de las Escrituras, no ha llegado todavía a suficiente madurez científica. Con todo es ciertamente meritorio haber apuntado un tema de estudio —con bastante aparato bibliográfico actualizado— cuya importancia teológica y exegética es evidente.

JOSÉ M.^a CASCIARO

José María CASCIARO, *Estudios sobre Cristología del Nuevo Testamento*, Pamplona, Eunsá («Colección Teológica», 32), 1982, 395 pp., 16 × 24.

El Autor reúne, en este libro, varios ensayos, algunos ya publicados y otros inéditos, que giran alrededor de la figura de Cristo en el Nuevo Testamento, un tema que, como es sabido, es de vital importancia y está en el centro de apasionadas controversias. Sin embargo, el libro del Prof. Casciaro es todo lo contrario de una obra polémica o de controversia. Es más bien un libro que quiere decir una palabra serena y equilibrada para establecer un punto firme de referencia en el terreno de la exégesis del